

Do ut des

MANUEL COTERÓN GONZÁLEZ

Con la inestimable ayuda de su vieja cachava, Manuel continuó el paseo mientras observaba complacido las preciosas macetas repletas de flores que adornaban las fachadas. Desde que se hubiese jubilado, recorrer las calles de la Judería se había convertido en su placentera rutina diaria. Y no sólo por la incomparable belleza del famoso barrio, sino también por el ambiente que allí se respiraba. Y es que, en la zona por la que solía deambular, al habitual ajetreo de los turistas que visitaban el casco histórico, se sumaba la vitalidad de los cientos de jóvenes que cursaban sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba.

Precisamente, fue la conversación de dos estudiantes lo primero que llamó la atención del anciano al doblar una esquina.

—... no sé ni por dónde empezar —confesó una joven.

—¿Por qué no buscas en internet? —respondió el chico que tenía frente a ella.

—Julían me lo ha dejado claro: «*Demuestra lo que has aprendido durante el curso y obtén información por ti misma, que no te haga Google el trabajo*».

—Pues no sé qué decirte, la verdad... ¿Nos tomamos unas cañas? Me acaba de escribir Pirri. Parece que Lucía y él van a ir al centro después de clase.

—Lo que parece es que tú no vas a ayudarme a buscar información sobre el 50º aniversario de la Universidad... —apuntó poniendo los ojos en blanco.

—¿Entonces te animas o no?

—No —concluyó— Necesito aprovechar la tarde y adelantar algo del trabajo.

—Como veas... si al final cambias de idea, mándame un *whatsapp* —sentenció él alejándose por una de las estrechas callejuelas.

Tras despedirse de su amigo con un vago gesto de la mano, la joven permaneció inmóvil frente al precioso pórtico de la Facultad.

—Quizás yo pueda serte de ayuda.

—¿Disculpe? —dijo girándose sorprendida. A su espalda, un anciano apoyado en su bastón la miraba con curiosidad. Por algún motivo que desconocía, su rostro le era extrañamente familiar.

—Perdona que me entrometa, pero no he podido evitar pasar por alto lo que estabas diciendo —manifestó algo avergonzado.

—¿Lo que estaba diciendo?

—Necesitas información sobre la fundación de la Universidad, ¿no es así?

La joven se limitó a asentir.

—Pues si estás dispuesta a escuchar, yo puedo dártela.

A pesar de las dudas que en un primer momento despertó la inusual propuesta hecha por el octogenario, el paso de los días en compañía de Manuel y las largas horas de conversación, terminaron por convencerla.

—...hasta mil novecientos setenta, este edificio fue conocido como el hospital del Cardenal Salazar —dijo señalando la fachada con su bastón, —poco después de perder sus funciones como centro médico, pasó a ser una residencia para técnicos sanitarios. Fue en ese preciso momento cuando la Universidad de Sevilla decidió instaurar en él dos de sus centros. Como ya estarás imaginando, en el año setenta y dos, con la creación de la Universidad de Córdoba, dichos Colegios dieron paso a la Facultad en la que hoy en día cursas tus estudios de historia.

—Por eso este año se cumplen cincuenta años de su fundación.

—¡Exacto! —al percatarse de que la joven le estaba mirando, añadió: —¿Ocurre algo?

—Me pregunto cómo puede saber tanto de la universidad. ¿Usted también ha estudiado aquí?

—Ya me hubiese gustado... pero, no. No tuve esa suerte —se limitó a contestar.

—Entonces, ¿Por qué conoce tan bien su historia?

—Llevo toda mi vida en Córdoba y, como comprenderás, hay pocas cosas que no sepa de la época que me tocó vivir. Aunque parezca increíble, cuando el Hospital dejó paso a la Universidad, yo era casi tan joven como tú —afirmó sonriendo.

—¿Y por qué no lo hizo?

—¿Por qué no hice el qué?

—Matricularse en la Universidad.

Tras un momento de reflexión, el anciano volvió a hablar.

—Puede sonar a tópico, pero aquellos eran otros tiempos. Con apenas dieciséis años, tuve que empezar a trabajar como albañil y dejar de lado los estudios. De hecho, si conozco bien la historia de tu Facultad, es precisamente porque fui uno de los muchos trabajadores que participó en las obras de ampliación de sus instalaciones durante la adaptación como centro docente —después de una nueva pausa, Manuel continuó —A día de hoy, me conformo con venir a pasear por aquí. Puede que mis opciones de ser estudiante universitario hayan quedado muy atrás, pero continuó disfrutando al empaparme de la vida que desprende esta Facultad. Quizás te parezca una locura, pero siento auténtica envidia cuando os veo nerviosos porque se aproximan las fechas de los exámenes. No puedo evitar contagiarme de esa inquietud que muchos de vosotros desprendéis cuando dais el último repaso haciendo cola a primera hora de la mañana en la biblioteca —explicó sin borrar

su sonrisa —Lógicamente, disfruto mucho más cuando habéis pasado el trago y compruebo que todo ha ido bien. Aunque nadie se dé cuenta, me gusta pasear junto a las terrazas de los bares que hay por la zona y oíros hablar de lo mucho que ha merecido la pena el esfuerzo...

—¡De eso me sonaba! —le interrumpió Carmen. Al ver que Manuel la miraba extrañado añadió —Hace unos días, cuando vino a hablar conmigo, su cara me resultó familiar... usted pasea por aquí a diario, por eso reconocí su cara.

—Vivo cerca y, como ya te he dicho, me encanta esta zona.

—Por cómo habla de la Universidad, diría que va más allá.

—No lo puedo negar, me hubiese encantado estudiar y poder disfrutar de todo lo que conlleva la vida universitaria... ¿Te puedes creer que, hasta hace no mucho, uno de mis sueños era acudir a una de esas enormes aulas con grada?

Mientras Manuel recorría con ojos soñadores los alrededores de la Facultad, Carmen lo observó pensativa.

—*Do ut des* —susurró ella casi sin pensar.

—¿Cómo dices? —preguntó Manuel extrañado.

—*Do ut des*... es una expresión que curiosamente hemos comentado hoy en clase de Latín —explicó ella —Viene a significar «*doy para que des*», algo así como hacer un favor por otro...

—Pensé que la expresión era *quid pro quo*.

—Precisamente por eso ha salido el tema. La gente suele utilizar erróneamente esa frase del latín.

—¿Ves a lo que me refiero? Es por cosas como esta por las que os envidio...

—Entonces, hagámoslo.

—¿El qué?

—Aplicar el dicho —respondió cogiéndole del brazo.

—¿A qué te refieres?

—Usted me ha ayudado con mi trabajo y quiero devolverle el favor —dijo al mismo tiempo que miraba su reloj —Sígame.

Tras bordear el edificio e internarse por el pórtico de acceso, ambos atravesaron el precioso patio de la Facultad ante el asombro del anciano.

—Pero, yo no puedo... —balbuceó confuso.

Ignorando sus palabras, la joven continuó guiándolo por los pasillos hasta llegar a una inmensa aula. En el interior, un profesor y varios alumnos esperaban el comienzo de la clase.

—No soy alumno... yo no puedo estar aquí... —musitó Manuel nervioso.

—¿Sabe lo que es un «oyente»? —preguntó ella en voz baja. Al ver que su acompañante negaba con la cabeza, la joven hizo un gesto con la mano hacia una de las filas de asientos y añadió — Luego se lo explico. Ahora siéntese y disfrute.